

Artículo

El Psicólogo como Intelectual Público. La Obra de Marino Pérez Álvarez

Sergio Álvarez-Fernández 

Consejería de Educación del Principado de Asturias, España

INFORMACIÓN

Recibido: Julio 15, 2024
Aceptado: Septiembre 12, 2024

Palabras clave

Marino Pérez Álvarez
Intelectual público
Teoría del posicionamiento
Individualismo

RESUMEN

Este artículo examina la trayectoria biográfico-intelectual de Marino Pérez Álvarez. Partiendo de un análisis de sus principales influencias, se trata de mostrar la coherencia interna de toda su obra y el motivo de su popularidad. En este sentido, se lo considera un intelectual público y se concluye que buena parte de su éxito se debe a sus polémicos posicionamientos en distintos debates de actualidad. Asimismo, se identifica su crítica del «individualismo» como el hilo de Ariadna que la anuda y da sentido. Sus publicaciones son, pues, coherentes de principio a fin y no una simple colección de temas yuxtapuestos.

The Psychologist as a Public Intellectual. The Work of Marino Pérez Álvarez

ABSTRACT

This article examines the biographical-intellectual career of Marino Pérez Álvarez. Starting from an analysis of his main influences, the aim is to show the internal coherence of his work and the reasons that explain its popularity. He is considered a public intellectual and it is concluded that a good part of his success is due to his controversial positions in different current debates. Likewise, his criticism of “individualism” is identified as the Ariadne’s thread that ties his work together and gives it meaning. His publications are therefore coherent from beginning to end and not just a collection of juxtaposed topics.

Keywords

Marino Pérez Álvarez
Public intellectual
Positioning theory
Individualism

Cómo citar: Álvarez-Fernández, S. (2025). El psicólogo como intelectual público. La obra de Marino Pérez Álvarez. *Papeles del Psicólogo/Psychologist Papers*, 46(1), 9-17. <https://doi.org/10.70478/pap.psicol.2025.46.02>

Autor de correspondencia: Sergio Álvarez Fernández sergioalvarez999@gmail.com 

Este artículo está publicado bajo Licencia Creative Commons 4.0 CC-BY-NC

Marino Pérez Álvarez es uno de los psicólogos más reconocidos de nuestro país. Recientemente jubilado, desarrolló su carrera en la Universidad de Oviedo. Así le conocí yo, que tuve el placer de asistir a sus clases en mi último año de carrera. Marino era, por aquel entonces, ya toda una institución, tanto dentro como fuera de la Facultad. Dentro, Marino era una especie de sabio, una *rara avis* en el ecosistema de la psicología contemporánea. Estaba al tanto de las últimas corrientes psicoterapéuticas y era un buen conocedor de los clásicos de la disciplina. Citaba también con frecuencia las últimas publicaciones de su campo, pero esta actualidad no le impedía introducir en sus clases toda suerte de cuñas literarias y filosóficas. En buena medida, esto era lo que hacía que sus clases fueran tan atractivas. Daba la impresión de que todo lo que él contaba no era sino una pequeña parte de lo que sabía, de lo que a nosotros nos quedaba por aprender. A sabiendas de que sus alumnos apenas leíamos cuatro páginas, nos animaba a que esas páginas, en lugar de cuatro, fueran cinco, acaso seis, afirmando de esta o aquella anécdota que mejor era saberla que no saberla.

Este estímulo, junto al de algunos otros profesores de la Facultad y a una cierta efervescencia intelectual en nuestro país, contribuyó a que muchos alumnos y lectores de psicología nos interesásemos también por la filosofía. Como le gusta recordar a Marino, citando a Karl Jaspers: uno no puede escapar de la filosofía. La negación de la filosofía es una posición filosófica, y solo nos puede conducir hacia la mala filosofía. Consciente de esta tesitura, es raro encontrar algún libro de Marino en el que no se hagan explícitos sus presupuestos filosóficos.

Sin embargo, esta concesión filosófica, que a muchos nos puede resultar tan enriquecedora, no es la razón de su popularidad. Ha contribuido a ella, pero no hay que achacársela por entero. Al fin y al cabo, si por algo ha destacado Marino es por haber sabido mantenerse en el primer plano del debate público. Siempre ha cargado contra aquellas propuestas y proyectos que, partiendo de presupuestos filosóficos a su juicio cuestionables, se han puesto sin embargo «de moda»: el individualismo, la industria de la felicidad, el cerebrocentrismo, el modelo biomédico, la psicopatologización de la normalidad o el transfeminismo. Por esta razón, más que un psicólogo, Marino Pérez es un intelectual; un «intelectual dramático» para la Psicología en el sentido en el que autores como Pérez Jara y Camprubí (2022) vienen trabajando recientemente desde el punto de vista de la «Sociología cultural».

Los intelectuales públicos tienen que bregar con la volátil actualidad, posicionándose en los debates que se van poniendo de moda. El éxito de sus ideas muchas veces no se debe tanto a su coherencia interna o brillantez como a la habilidad del autor para navegar el tortuoso mar de la opinión pública. Esa es la razón de que incluso genios como Russell hayan hecho suyo un lenguaje o una narrativa simplista y maniquea, así como de que las coordenadas del debate político, hoy, pero también históricamente, se hayan movido en términos de «meta adversarios»: el bien contra el mal, la izquierda contra la derecha, el comunismo contra el fascismo. El resultado de esta dinámica cultural es la formación de «paquetes ideológicos», en los que disfrutar de los toros se vuelve incompatible con la defensa del aborto o de los impuestos progresivos, como si una cosa tuviera que ver con la otra.

En este contexto, cobra especial interés la obra de Baert (2012) y su «teoría del posicionamiento»; recuperada por Pérez Jara (2015) para analizar cómo el famoso «Tribunal Russell», pero también

otras instituciones o productos culturales, son capaces de alcanzar un alto grado de difusión y popularidad. A su juicio, «posicionarse» en los distintos debates de actualidad no sería sino un cierto «acto de lenguaje», al estilo de Austin; uno, eso sí, que tendría mucho que ver con la capacidad de una obra o de una idea para diseminarse. En este trabajo se defenderá que la popularidad de Marino en el panorama de la psicología española se debe precisamente a estos actos de posicionamiento y no solamente a su singularidad filosófica.

A Medio Camino Entre la Psicología y la Filosofía

Como ya se ha señalado, Marino destaca por hacer de la filosofía una parte fundamental de su obra. En buena medida, muchos de sus trabajos son más bien de filosofía práctica o aplicada que de psicología. Él mismo se ha reconocido en ocasiones como «usuario» de la filosofía. Pero, ¿de qué filosofía? Marino comenzó estudiando en la Universidad de Oviedo. En aquel entonces, cuando Psicología y Filosofía no estaban desconectadas, pudo conocer y recibir clase de manos de Gustavo Bueno. Precisamente, su «materialismo filosófico» está detrás de buena parte de los presupuestos fundamentales de su psicología.

Sin embargo, a pesar de este compromiso con el materialismo filosófico, la obra de Gustavo Bueno no es su única influencia. En este sentido, Marino no se compromete de una vez y para siempre con ningún sistema de ideas filosóficas; por eso se declara usuario más que seguidor del mismo. Así, Pérez Álvarez, además de un principio materialista, abraza también la fenomenología, el raciovitalismo, el existencialismo e, incluso, el nuevo realismo; lo cual no deja de ser, aparentemente, un posicionamiento ecléctico. No obstante, Marino se ha esforzado siempre por hacer encajar todas estas piezas en un complejo puzzle en el que también juega un papel fundamental su formación como psicólogo ¿El resultado? Lo que el propio Pérez Álvarez (2004) ha dado en llamar en llamar un «conductismo filosófico» o «fenoménico-conductual» ¿Qué es lo que Marino va a recoger de cada una de estas tradiciones?

Del materialismo filosófico, Marino recoge una ontología materialista y pluralista que le permite hacer frente al reduccionismo biológico de las neurociencias. Así, en *El mito del cerebro creador*, Pérez Álvarez (2022) toma prestada la teoría de los tres géneros de materialidad para criticar el «cerebrocentrismo»: «la tendencia a explicar las actividades humanas como si fueran cosa del cerebro» (p. 21). Este posicionamiento, a la contra de la moda neurocientífica, tiene también implicaciones en su concepción de la psicopatología. Los trastornos mentales ya no podrán verse como enfermedades del cerebro, que está siempre situado en un cuerpo y en una cultura, sino que serán, necesariamente, fenómenos psicológicos. Unos fenómenos, éstos, que tienen más que ver con nuestra forma de relacionarnos con el mundo, incluidos nosotros mismos, que con lo que nos pasa dentro de la cabeza. Del materialismo filosófico, aunque también del conductismo, Marino recupera igualmente la concepción del sujeto como «operatorio»; es decir: como un organismo corpóreo que hace cosas con ese cuerpo y, sobre todo, con sus manos y su aparato fonador. Asumirá, además, su «esfericidad»: su caracterización en términos de «concavidad» y «convexidad», que permite evitar las aporías, tan comunes en psicología, a las que conduce el par «interno/externo». Sin embargo, Marino recurrirá a la fenomenología para completar o rellenar la concavidad del sujeto operatorio.

De la fenomenología, Marino recupera la correlación intencional y la noción heideggeriana de ser-en-el-mundo. Estas ideas le permiten reinterpretar el concepto skinneriano de «conducta» en términos holistas y no mecanicistas. Siguiendo los análisis de Merleau-Ponty y, entre nosotros, Ortega y Gasset (2021) o Yela (1974), Pérez Álvarez (2021) concibe el comportamiento como una estructura dinámica o dialéctica que involucra tanto al individuo como al medio; rompiendo así con el viejo dualismo sujeto-objeto o interno-externo que está detrás de la psicología cognitiva contemporánea. El ser humano no es ya un cerebro que controla un cuerpo; antes bien, «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo» (Ortega y Gasset, 2021, p. 77). De la fenomenología hereda también, frente al modelo biomédico, el interés por la experiencia individual, la escucha al paciente y no a los síntomas ni al fármaco. Al concebir los fenómenos psicológicos como fenómenos relacionales o intencionales, lo que importa no es ya una colección impersonal de síntomas, sino la experiencia mundana, vital y existencial del paciente. Esto, como veremos, afecta a la comprensión, por un lado, del origen de los trastornos mentales y, por otro, a su posible tratamiento.

Del raciovitalismo y del existencialismo, hereda una concepción dramática de la persona y un acercamiento a la concepción de los trastornos mentales como problemas, ante todo, existenciales. Para Pérez Álvarez (2003 y 2012), la materia de la que están hechos los trastornos mentales son los problemas o asuntos de la vida. Por este motivo, se hace necesario responder, precisamente, a la pregunta por el qué de la vida. Recogiendo la tradición orteguiana, Marino entenderá que la vida es lo que hacemos y lo que nos pasa. El problema de la vida humana, tanto para Ortega como para el existencialismo, es que no nos viene hecha de una vez y para siempre, sino que hay que hacerla *in media res*. Por eso la vida está siempre abierta al futuro, al porvenir; de modo que la condena del hombre, como creía Sartre, es su libertad. Uno está siempre obligado a programar o a proyectar su vida, a decidir en cada momento quién quiere ser, qué personaje quiere representar. En este sentido, Marino se va a hacer eco de la larga tradición filosófica y etimológica de la idea de persona. Como es bien sabido, «persona» viene del «personare» latino, y este a su vez del «prosopon» griego, de la máscara que empleaban los actores en el teatro para ser reconocidos y proyectar su voz. Para la ética orteguiana, ese proyecto en que consiste la vida de cada cual tiene la textura de una obra dramática; siendo el teatro, como bien sabía Calderón, una metáfora de nuestra humana existencia. Consciente de esta tradición castiza, Pérez Álvarez (2004), elabora una reinterpretación dramática de algunas de las principales nociones del conductismo radical. Así pretende articular lo que él considera una visión o una teoría dramática de la psicología, asentada sobre el trío actor-acción-escenario o, en términos más afines, sujeto-conducta-situación.

Del conductismo y de la psicología en general, Marino recoge los análisis skinnerianos de la conducta operante, tanto pública como privada, además de un conocimiento exhaustivo de su historia y, en especial, de la psicopatología y la psicoterapia. Precisamente, su formación como psicólogo conductista le abre la posibilidad de analizar funcionalmente la conducta humana, dando empaque «científico» a los análisis clásicos de la fenomenología. El resultado es una fenomenología de la conducta que aúna la precisión conceptual del conductismo con la profundidad de comprensión y análisis de la fenomenología, siguiendo en esto la línea de Fuentes

Ortega (1989) y alejándose, por un lado, de las interpretaciones más mecanicistas del conductismo radical y, por otro, de las lecturas objetivistas y subjetivistas de la fenomenología. En cualquier caso, a pesar de esta afinidad con la obra de Skinner, Marino dista mucho de ser un conductista al uso. Lejos de defender el privilegio de las terapias de herencia conductista, su concepción de la Psicología como una ciencia humana antes que natural, su rechazo del monismo y su afinidad con la fenomenología y el existencialismo le han acercado a otras formas de psicoterapia más bien «humanistas». Reconociendo el famoso efecto o fenómeno «Dodo», según el cual todas las familias de terapias son más o menos igual de eficaces, Marino ha venido destacando la dimensión más humana de la terapia como una relación interpersonal *sui generis*. Esta capacidad para encontrar en cada teoría su «fulcro de verdad» convierte a Marino en un psicólogo que no es «de escuela» y que no teme señalar, allí donde mira, las luces y las sombras; capacidad, ésta, que le puede haber valido en ocasiones la acusación de psicólogo ecléctico. Su eclecticismo, sin embargo, es más aparente que real. Su psicología no se construye por yuxtaposición, sino que sus distintas influencias se entretajan en una trama donde las unas son reinterpretadas a la luz de las otras.

De la literatura y de la cultura popular, Marino, además de referencias y apoyos varios, recoge figuras que acompañan y clarifican sus teorías. En ocasiones, la literatura tiene la ventaja de expresar o mostrar algunos aspectos de la realidad que, de otra manera, nos pasarían desapercibidos. Marino recurre a pasajes y personajes de la literatura, sobre todo de la cervantina, para ilustrar o poner nombre a determinados fenómenos y efectos psicológicos. Seguramente, este «efectismo», unido al interés constante por temas o problemas de candente actualidad, ha contribuido en buena medida a su popularidad e influencia dentro del panorama de la psicología en España. Semejante estrategia retórica le sirve a Marino para presentarse como un autor que sabe de psicología, sí, pero también de algo más. Sus textos disfrutan de una riqueza cultural infrecuente. Igual que sucedía en sus clases, uno siempre puede extraer de ellos cierto valor añadido, con el que no esperaba encontrarse en un principio.

En el ojo del Huracán

El Modelo Biomédico vs el Modelo Contextual

El primer posicionamiento verdaderamente polémico en la biografía intelectual de Marino tiene que ver con la crítica del modelo biomédico de salud mental. En *Las cuatro causas de los trastornos psicológicos*, Pérez Álvarez (2003) elabora, aplicando el hilemorfismo aristotélico y su teoría de la causalidad, un análisis de la naturaleza de los trastornos mentales desde las distintas concepciones o escuelas de psicología. Hasta entonces, sus críticas se habían dirigido, desde coordinadas conductistas, contra el auge de la psicología cognitiva. Con el nuevo siglo, sin embargo, Marino comienza a dirigir su atención sobre el campo de la psicoterapia y el debate acerca de qué tratamientos psicológicos son mejores o más eficientes. Este interés termina cristalizando en la serie de *Guías de tratamientos psicológicos eficaces* (coeditado con colegas del mismo Departamento), vinculadas todas ellas al movimiento de la medicina o, en este caso, la psicología basada en la evidencia. No deja de ser paradójico, en este sentido, que el propio Marino haya

terminado convirtiéndose en un crítico de este tipo de acercamientos a la psicoterapia. Paradoja, ésta, que se resuelve en las propias *Guías* al afirmar cómo éstas habían sido parte del «camino recorrido», un simple instrumento para situar las terapias psicológicas, al menos, en igualdad de condiciones con las guías psiquiátricas que las habían dejado de lado.

Este giro, seguramente, se produjo como consecuencia de su posicionamiento crítico con respecto al modelo biomédico y se puede decir que es dependiente de la concepción de los fenómenos psicológicos que Marino venía defendiendo desde antes de la publicación de *Contingencia y Drama* (Pérez Álvarez, 2004).

El modelo biomédico entiende que los trastornos mentales son enfermedades, «averías», desequilibrios o disfunciones específicas e internas. De acuerdo con Marino, formarían parte del modelo biomédico tanto la psiquiatría biológica como la psicología basada en la evidencia. Para la psiquiatría biológica, las enfermedades mentales habría que atribuírselas al cerebro; para la psicología basada en la evidencia, donde el «estándar de oro» sería la terapia cognitivo conductual, la avería afectaría al sistema psíquico. En cualquier caso, los trastornos mentales recibirían la consideración de entidades naturales. Este modelo psicopatológico, unido a los sistemas diagnósticos asociados (DSM-5 y CIE-11), tiene la ventaja de situar al clínico en el papel de especialista y de ofrecer una pseudoexplicación de lo que le ocurre. La consecuencia es la idea de que existen tratamientos específicos para problemas específicos; ya sea en forma de terapias o, eminentemente, en nuestro sistema de salud, a través de psicofármacos. Precisamente, estos últimos son el principal objeto de la crítica de Pérez Álvarez y González Pardo (2007). Lejos de entender que los problemas psicológicos son enfermedades que tratar químicamente, van a defender que los trastornos mentales son entidades interactivas. Denunciarán cómo la industria farmacéutica se ha convertido, desde el DSM-III, en el principal referente a la hora de comprender y tratar los trastornos mentales; que muchas de las categorías que figuran hoy en los manuales diagnósticos, si bien son reales, lo cierto es que han sido hechas reales. Esto supone una toma de posición a favor de una perspectiva constructivista, funcional y contextual. Los trastornos mentales ya no serían averías internas, sino que responderían, más bien, a lo que las personas hacen para intentar poner solución a los problemas de la vida, que todos tenemos. Algunas estrategias pueden ser funcionales y adaptativas, pero otras no. La hiperreflexividad y los bucles psicopatológicos, las estrategias fallidas y los enredos, en definitiva, serían la verdadera causa de los trastornos mentales. En este sentido, Marino recupera los análisis de la psicopatología y de la psicología fenomenológica y existencial para completar dicha concepción de la salud mental, abogando por tratamientos de tipo contextual, que atiendan no solo al interior de la persona, sino a la relación con su circunstancia y situación. En la medida en que la industria farmacéutica, los medios de comunicación, las redes sociales o el individualismo y narcisismo propios de nuestro tiempo contribuyen a reforzar esta dinámica, y, por tanto, a construir y fabricar estos trastornos, Marino, en el resto de sus obras, centrará sus críticas sobre estos complejos institucionales que favorecen la psicopatologización de las sociedades contemporáneas.

Este posicionamiento le valió a Marino el apoyo de una parte del panorama de la psicología y de la psiquiatría en España; así como también el rechazo y la crítica de la parte contraria. Ponía en

entredicho lo que se venía haciendo en materia de salud mental y pasaba a engrosar la larga lista de nombres críticos con el *status quo* psiquiátrico, desde Oliver Szasz a, entre nosotros, Guillermo Rendueles. Ya se sabe que hoy, el enemigo de mi enemigo es mi amigo, y en esta dinámica de «meta-aliados» y «meta-adversarios», de paquetes ideológicos y de alineamientos y alienamientos obcecados, Marino se convirtió en una figura reivindicada como psicólogo crítico y combativo. Enemigo de la industria farmacéutica y de una psiquiatría con frecuencia aliada al poder político y económico, solo podía ser «uno de los nuestros»: un psicólogo «de izquierdas».

El Caso de los Niños Hiper

En esta misma línea, Pérez Álvarez (2018) dio con un nuevo tema candente cuando arremetió contra una categoría diagnóstica en particular: el TDAH. Este trastorno era, y sigue siendo, uno de los más frecuentes entre el alumnado de colegios e institutos. A juicio de Marino, el TDAH carece de fundamento clínico o etiológico. Casi cualquier persona, afirma, adulto o niño, puede cumplir sin grandes dificultades los criterios diagnósticos que recoge el DSM¹. Así, sucedería con el TDAH lo siguiente: se estaría medicalizando lo que no son más que problemas o características personales, relacionales y de conducta, todos ellos perfectamente normales y, en cualquier caso, abordables sin falta de medicación. Bajo estas premisas, Marino va a señalar cómo estas presuntas entidades diagnósticas se siguen manteniendo, a pesar de su escaso o nulo fundamento *in re*, porque satisfacen a todos los implicados: a las farmacéuticas, que hacen negocio; a los profesionales de la salud, que aparecen como expertos; a las familias y a los profesores, que encuentran una explicación a lo que sucede con los niños y adolescentes en las aulas; y a los propios pacientes, sobre todo cuando son adultos, que pueden justificar de alguna manera su propia historia académica y profesional. Huelga decir que esta postura de Marino no ha dejado indiferente a nadie. En el año 2019, se cancelaron unas Jornadas en el Hospital Comarcal de la Axarquía, en Vélez, ante las protestas de asociaciones y colectivos vinculados con pacientes diagnosticados con TDAH. Sus representantes alegaban no compartir la posición de Marino, quien, a su entender, iba allí «a decir una sarta de barbaridades» y a negar lo que ellos consideran un trastorno genético, con respaldo científico y ontológicamente incontrovertible. Como es evidente, y como decía el filósofo español Gustavo Bueno, «pensar es siempre pensar contra alguien», y los «polémicos» posicionamientos de Marino, aunque no por ello menos rigurosos, le han ganado tantos adeptos como detractores.

Un Ataque al Cerebrocentrismo

La pregnancy del modelo biomédico no es casual. Responde a una tendencia reduccionista que se ha apoderado de la medicina, por supuesto, pero también de la psicología. La década de los 90 fue declarada la década del cerebro. Las neurociencias se pusieron de moda y con ellas toda una serie de disciplinas que adoptaron como propio el prefijo «neuro». Consciente de esta situación y de sus implicaciones, Pérez Álvarez (2022) se propuso denunciar lo

¹ Animo a cualquiera a comprobarlo por sí mismo. Si no los cumple estrictamente, seguro que satisface, al menos, varios.

que llamó el «cerebrocentrismo»: la tendencia a atribuir funciones psicológicas del organismo en su conjunto a su cerebro. A juicio de Marino, lo que está detrás de esta tendencia es una filosofía monista, cuando no dualista ¿La alternativa? Ese singular maridaje entre el materialismo de Gustavo Bueno y la fenomenología. El cerebro no piensa; piensa la persona. El cerebro no siente; siente la persona. El cerebro no dirige el cuerpo, porque no somos algo distinto de nuestro cuerpo: somos, ante todo, sujetos corpóreos; de modo que nuestro cuerpo entero, incluido nuestro cerebro, está siempre situado, para empezar, en una cultura. Esta cultura, lo que aprendemos, moldea el funcionamiento del propio cerebro. Todas estas cuestiones llevaron a Marino a proponer una suerte de «dialelo psicológico». Cualquier investigación psicológica que trate de dirigir su atención sobre las bases cerebrales de lo que hacemos, tendrá que partir, necesariamente, de aquellos procesos que en principio pretendía explicar. Quien busque estudiar las bases biológicas de la memoria, tendrá que partir del fenómeno psicológico propiamente dicho. Así, defiende Marino, las neurociencias dependen mucho más de la psicología que la psicología de las neurociencias. No es que el cerebro no sea importante para la psicología; sin cerebro no hay conducta. La cuestión es que el funcionamiento del cerebro no explica el funcionamiento de la conducta; y esto porque es su correlato, no su causa. Desde la psicología contextual que defiende Marino, la causa de la conducta no hay que buscarla ni dentro ni fuera del sujeto, sino en su interdependencia e interrelación. De nuevo, estos planteamientos «revolucionarios» fueron bienvenidos por muchos y rechazados por otros tantos. La crítica del cerebrocentrismo y de las neurociencias es una crítica de la psicología establecida. Los cerebrocentristas, lógicamente, no pueden estar de acuerdo con esta defensa del pluralismo ontológico y del constructivismo. Ellos son naturalistas en sentido estricto, y por más que puedan reconocer que los factores ambientales «también cuentan», lo cierto es que esta aceptación suele ser puramente nominal, sin una influencia real en su práctica clínica e investigadora. Este hecho no deja de ser paradójico teniendo en cuenta que neuropsicólogos de la talla de Luria, a quien tanto deben las modernas neurociencias, estaban bien al tanto de la relación siempre dialéctica entre el cerebro y las funciones psicológicas.

El Individualismo, las Redes Sociales y la Industria de la Felicidad

Si la década de los 90 fue la década del cerebro, los 2000 supusieron el nacimiento de la Psicología Positiva (PP). Desde 2011, algunas figuras vinculadas a la Facultad de Psicología de Oviedo comenzaron a investigar el surgimiento y antecedentes de esta «nueva» psicología (Cabanas y Sánchez González, 2012). A partir de 2013, Pérez Álvarez (2013), que ya venía trabajando desde hacía tiempo algunas cuestiones relativas al sujeto moderno, la cultura y la vida en la ciudad, así como el creciente individualismo de nuestras sociedades occidentales contemporáneas (Pérez Álvarez, 1992 y 2012), se une a esta tendencia crítica. El resultado fue una obra escrita a tres manos: *La vida real en tiempos de la felicidad* (Pérez Álvarez, Cabanas y Sánchez González, 2018).

La estructura del libro es clara para todo aquel que conozca a sus autores. La primera parte, en la que se analizan las pretensiones de científicidad de la PP, la firma Marino Pérez. La segunda, que

señala la vinculación de esta nueva psicología con el individualismo y el capitalismo de consumo, denunciando la PP como una verdadera industria de la felicidad, es deudora de los trabajos de Edgar Cabanas, tanto en solitario como junto a Sánchez González. La pluma y la psicología de este último están detrás de la tercera parte del libro. En ella, tras la *pars destruens* de los dos primeros autores, se desarrolla la *pars construens* de la obra: una teoría alternativa de la felicidad desde coordenadas constructivistas.

De nuevo, este posicionamiento, a la contra de lo establecido, le valió a Marino un amplio apoyo. Volvía a aparecer como un intelectual y psicólogo disidente, capaz de rechazar las pretensiones de científicidad de la PP y de denunciar, al mismo tiempo, su dimensión ideológica. En esta obra, además, Marino recupera la idea de *individuo flotante*, tomada de la filosofía de Gustavo Bueno, para caracterizar al hombre de nuestro tiempo; uno que, por exceso de posibilidades, ha perdido toda referencia y se encuentra a la deriva, encerrado y vuelto sobre sí mismo; narcisista, hedonista, ligero y superficial; en definitiva, idiota en sentido etimológico. Estos análisis los continuará Pérez Álvarez (2023) en su última publicación, titulada, precisamente, *El individuo flotante*, pero es importante señalar que, en el fondo, toda su psicología es de alguna forma una crítica del individualismo y de la sociedad de nuestro tiempo. Este es, sin duda, el hilo de Ariadna que recorre su obra.

Para Marino, la psicología como disciplina surge de la mano del sujeto moderno, de la vida en la ciudad y del creciente auge del capitalismo y su ideología: el individualismo. En este sentido, el hombre pasa a ser individuo; un individuo libre que ha de buscar la felicidad hasta conseguir «hacerse a sí mismo». En este proceso, lo que van desapareciendo son las viejas vinculaciones colectivas que, de alguna manera, eran las que proveían de sentido. Así, lo contextual desaparece. El cerebrocentrismo no sería sino un paso más en el proceso de individualización, en el que uno termina por ser, no ya un individuo, sino tan solo su cerebro. El modelo biomédico, consecuencia de este reduccionismo, tampoco atendería a los factores sociales y culturales, señalando paradójicamente a la persona como «enferma» en un intento infortunado de liberarla de toda responsabilidad. La dimensión normativa de la salud mental, la naturaleza de los trastornos mentales como disfunciones ante todo sociales, desaparece, y con ella la posibilidad de analizar cómo las condiciones de nuestra vida en sociedad son las que determinan los problemas que luego, enconados, terminan patologizándose. En *El individuo flotante* no hará otra cosa que profundizar en esta crítica, señalando el papel que juegan las redes sociales en todo este proceso. El resultado es una sociedad de individuos aislados y enajenados, una *muchedumbre solitaria*, pegados como polillas a las pantallas de nuestros celulares, queriendo y buscando ser felices, pero estando cada vez más lejos, cada vez más solos. Por esta razón, Marino aboga por la despatologización, por la recuperación del sentido colectivo y por el desarrollo de una psicología más humana y menos individualista; porque la psicología es una disciplina de subjetivación, sí, pero hay muchas formas de ser y de estar sujeto.

La Cuestión de lo «Trans»

Sin embargo, entre *La vida real en tiempos de la felicidad* y *El individuo flotante*, Errasti y Pérez Álvarez (2022) se embarcaron en aguas turbulentas al publicar el tan polémico como exitoso *Nadie nace en un cuerpo equivocado*. En un contexto político y social

agitado, marcado por la post-pandemia y la ruptura y enfrentamiento dentro del feminismo y de la coalición de gobierno, aparecía el proyecto, ahora ya realizado, de la conocida «ley trans». Reconociéndose como psicólogos con compromiso político, Marino, pero sobre todo Errasti, tomaron partido en el debate entre transfeministas y feministas radicales a favor de este último «bando». La obra hay que leerla como lo que es: un libro comprometido. Tan comprometido, de hecho, que va precedido de un *Prólogo* de Amelia Valcárcel y que desató toda una vorágine de críticas, cancelaciones de actos y presentaciones, amenazas y protestas que harían palidecer las de aquellas asociaciones de personas con TDAH de 2019. Lejos de conseguir que el libro pasara desapercibido, como suele ocurrir, estas reacciones lo convirtieron en un éxito de ventas. Sin embargo, esta vez, la polémica era «interna». Hasta este momento, los posicionamientos públicos e intelectuales de Marino habían caído siempre del mismo lado; nuestro protagonista había conseguido mantenerse siempre en el mismo «bando», a saber: el de la crítica de lo establecido, de las instituciones de control, del individualismo, del consumismo y del sistema capitalista y sus aliados. Tenía su público «de izquierdas», signifique lo que signifique eso, pero ahora su obra caía sobre ese público igual que una guillotina: dividiéndolo en dos.

Hay que señalar, no obstante, que la posición de Marino en la cuestión trans no es sino un corolario de lo que había venido defendiendo hasta este momento. Igual que con otros trastornos, la posición de Marino con respecto a la disforia de género abogaría por su desmedicalización y por su consideración contextual. A su juicio, la disforia de género, en especial aquella que suele denominarse «de inicio rápido», es algo más bien adquirido que heredado, y en su aparición jugarían un papel fundamental las redes sociales y los problemas, más o menos frecuentes durante la adolescencia, vinculados con la construcción de la propia identidad y, en especial, de la identidad de género. Por eso defiende la espera atenta y no las terapias afirmativas como primer abordaje. En este sentido, la terapia hormonal y la transición quirúrgica serían tratamientos médicos que, paradójicamente, descansarían sobre la idea, errónea a juicio de nuestros autores, de que la disforia de género sería una suerte de «enfermedad curable». No obstante, el carácter combativo de esta obra esconde algunas debilidades conceptuales que merece la pena señalar. Como el objetivo de este trabajo es examinar el carácter de Marino Pérez como intelectual público, nos vamos a centrar en el Capítulo 5 de *Nadie nace en un cuerpo equivocado*. En él se discuten las coordenadas teóricas que ilustran el transactivismo. Sin embargo, como hemos apuntado, los intelectuales públicos terminan siendo reconocidos más por sus posicionamientos polémicos que por sus tesis teóricas. *Nadie nace en un cuerpo equivocado* es un buen ejemplo de ello y la obra de Marino que mejor da cuenta de esta dimensión sociológica. En las próximas páginas veremos cómo y por qué, a pesar de algunas imprecisiones teóricas, el libro de Marino Pérez y José Errasti fue, con todo, un éxito de crítica y venta.

En primer lugar, solo una parte del transactivismo (porque sí, hay muchas formas de ser transactivista), defiende la idea de que es posible nacer en un cuerpo equivocado. A esta forma de ser transfeminista se ha referido en múltiples ocasiones el filósofo Ernesto Castro como «platonismo de género». Y, este sí, sería un transfeminismo dualista, no-contextual y partidario, consciente o inconscientemente, de su medicalización. Se entendería, pues, que

uno mismo, su alma o su cerebro habría ido a caer a un cuerpo que no le corresponde; y a falta de poder cambiar ese alma o ese cerebro, la solución más lógica, evidentemente, sería la de cambiar el cuerpo hasta hacerlo coincidir con la «identidad sentida». Pero esta no es la única forma de ser transfeminista. De hecho, el principal adversario del libro no es este transfeminismo, sino lo que los autores entienden que es la teoría *queer*, encabezada por Judith Butler y Paul B. Preciado. La cuestión es que el rótulo «teoría *queer*» se usa de forma equívoca. Por ejemplo, no es lo mismo el movimiento intersexual al que se refiere Butler (2006) en *Deshacer el género*, que el movimiento transexual, ni estos son tampoco la teoría *queer* de Judith Butler. La corriente que Butler llama «movimiento intersexual» defiende, precisamente, que no hace falta realizar la transición, entre otras cosas, porque eso sería plegarse a la norma.

Los activistas intersex trabajan para rectificar la errónea presuposición según la cual cada cuerpo alberga una “verdad” innata sobre su sexo que los profesionales médicos pueden discernir y traer a la luz por sí solos. El movimiento intersex sostiene que el género debe ser establecido a través de la asignación o la elección, pero siempre sin coerción, premisa que comparte con el activismo transgénero y transexual. Este último se opone a formas no deseadas de asignación de género y, en este sentido, reclama un mayor grado de autonomía, una situación también paralela a las reclamaciones intersex. Sin embargo, a ambos movimientos les resulta complicado establecer el significado preciso de la autonomía, ya que escoger el propio cuerpo implica, ineludiblemente, navegar entre normas que son trazadas por adelantado y de forma previa a la elección personal o que son articuladas de forma concertada con la agencia de otras minorías. (Butler, 2006, p. 21)

Ambas propuestas, aunque sobre todo la transexual, tienen el problema de tener que escoger dentro de los márgenes de un determinado ecosistema normativo: el binarismo de género. La teoría *queer* de Butler o Preciado, en cambio, se va a oponer a toda forma de identidad. Desde los propios postulados de la teoría *queer*, la reasignación carece de sentido, al menos si no se reinterpreta, quizás de forma algo forzada, como un ejercicio y un deseo de mera transformación, de puro devenir. Butler (2007), siguiendo a Foucault, entiende que el género no viene determinado por el sexo; es más, el sexo sería una construcción genérica, un efecto y no una causa. El género, en constante devenir, sería algo performativo, una forma de configurar el cuerpo en constante transformación. Cuando Butler defiende los intereses del movimiento transexual lo hace por exigencias de guion. Es más bien una instrumentalización y un ejercicio de empatía que de coherencia teórica. Desde coordenadas foucaultianas, la reasignación puede ser leída, como hace según Butler el movimiento intersexual, como una claudicación frente a la normatividad de género, una imposición y una encarnación de la norma. No obstante, Butler (2006), en ocasiones, cuestiona que las cicatrices de la mutilación puedan ser consideradas «normales», aludiendo a que casos como el de David Reimer, pero también las prácticas del movimiento «Drag», contribuyen a desestabilizar las propias categorías del debate. La parodia, la perversión, la incomodidad y el escándalo que producen todas estas realidades sirven para señalar la incapacidad de las normas de género para dar cuenta de ellas. A su juicio, como al de Preciado, lo importante para

la teoría *queer* es desplazar las reglas de género y manifestar la diferencia. Por eso, dice Butler, la teoría *queer* puede hacer frente común con los movimientos transexual e intersexual, en una suerte de alianza estratégica, aunque no de principios. Los tres movimientos abogan por la libre posibilidad de transición o reasignación de sexo y género, si bien por diferentes motivos. El movimiento transexual y el intersex todavía siguen presos, a juicio de Butler, de una metafísica de la sustancia y de la identidad que es, precisamente, lo que la teoría *queer* cuestiona. Sin embargo, en esas reasignaciones o perversiones de la norma, la teoría *queer* encuentra un intento de desestabilización, una forma de ponerla en entredicho; y esto porque las personas que se someten a tales procedimientos o representaciones dramáticas (travestis y drags), ya no serían ni hombres ni mujeres en sentido estricto, sino otra cosa que la norma no es capaz de normalizar.

Para la teoría *queer*, por tanto, lo importante es la desviación de la norma, el plantear líneas de fuga, como quería el postestructuralismo; la instauración de nuevas formas y prácticas de libertad para nuestro potencial deseante o libidinal. La pregunta, claro, es quién o qué podría ser el sujeto de estas prácticas, habida cuenta de que la propia teoría parte del rechazo de cualquier identidad segura o monolítica. Siguiendo a Nietzsche, el individuo no sería sino una proliferación de máscaras, una confluencia de saberes, poderes y prácticas de subjetivación. Por eso, para Paul B. Preciado, por ejemplo, lo ideal es ser un «monstruo», algo que escapa a la norma, que se afirma en su diferencia. Lo que cabría preguntar, en todo caso, es si esa perversión de la norma no se convierte ella misma en normativa; si el compromiso con el constructivismo radical es la única opción en filosofía o si, por el contrario, supone una pérdida de contacto con la realidad. O, también, por qué habría de ser mejor esta liberalización del deseo que su represión ¿Es que toda forma de represión es esencialmente mala? No todos los deseos son deseables, igual que, a la hora de criticar la Psicología Positiva, no todas las emociones positivas son necesariamente buenas. A veces hay que hacer sacrificios, y una psicología o una filosofía que se olvida de la otra cara de la moneda, de su cruz, es una psicología o una filosofía que abandona la mitad de lo real.

En el fondo, Errasti y Pérez Álvarez (2022) lo que critican al afirmar que *nadie nace en un cuerpo equivocado* no es la teoría *queer*, sino el platonismo de género. Es más, como hemos visto, resulta cuestionable que la cirugía de reasignación sea una opción coherente, sin piruetas conceptuales, para el llamado «movimiento intersex» o para la propia Judith Butler, quien, por otra parte, mantiene también una posición ambivalente hacia la diagnosis y la psiquiatrización.

Un punto de fricción más difícil de abordar es el del supuesto individualismo de la teoría *queer*. Butler y Preciado se ven y postulan como anticapitalistas, antipatriarcales, anticoloniales, etc. Marino y Errasti, en cambio, señalan el fondo profundamente individualista e incluso afín al liberalismo de sus teorías. Pero, claro, ¿cómo podría ser individualista una teoría que busca destruir la metafísica de la identidad y el esencialismo, incluyendo con ello la moderna idea de sujeto? La teoría *queer* afirma buscar también la libertad, pero ¿la libertad de quién o de qué? Ciertamente, la teoría *queer* es paradójicamente individualista, pero su individualismo es uno problemático y fragmentado. Y he aquí el principal punto de fricción con la perspectiva contextual de Marino Pérez. Recordemos la crítica al modo de vida del «individuo

flotante». Pues bien, un individuo flotante, desarraigado, monstruoso, ajeno a cualquier identidad fosilizada, segura y sólida es lo que defiende la teoría *queer*. Frente a esta liquidez deseante, la obra de Marino es una llamada a restaurar el sentido colectivo. Por eso bebe tanto de la psicología fenomenológica y existencial, porque su preocupación principal es la recuperación del sentido que se habría perdido en las sociedades contemporáneas. De ahí el recurso a aquella famosa cita de Nietzsche, recogida por Viktor Frankl, según la cual, si uno tiene un porqué, no importa el cómo.

Esta es la razón por la cual, a pesar de guardar aspectos en común (desmedicalización, crítica del *status quo* psiquiátrico, desnaturalización de los individuos y sus problemas, crítica del individualismo propio de las sociedades contemporáneas y del capitalismo de consumo, recuperación del cuerpo, un cierto constructivismo y un cierto entendimiento dramático y performativo de la personalidad), Marino Pérez se opone a la teoría *queer*: porque su individualismo fragmentado, en línea con los postulados de la postmodernidad, representa la imagen de ese individuo flotante. Esta tensión entre flotabilidad y arraigo colectivo es el verdadero punto de desencuentro con la teoría *queer*. La afinidad estratégica de esta última con el transfeminismo sirve luego para dedicarle las críticas que habrían de estar dirigidas al platonismo de género ¿Y por qué es esto importante? Porque en cierta medida viene a revelar el tipo de posicionamientos a los que venimos atribuyendo la popularidad de Marino Pérez como intelectual, tanto dentro como fuera de la psicología en España. Al criticar el transfeminismo Errasti y Marino hacen del «individualismo» su enemigo. Pero esto es caer, de alguna manera, en el tipo de lenguaje en el que, según Pérez Jara y Camprubí (2022), terminan cayendo los intelectuales públicos: un lenguaje o un relato de «meta-aliados» y «meta-adversarios». En este sentido, el «meta-adversario» que articula toda la psicología de Marino Pérez es el individualismo y la consiguiente pérdida del sentido colectivo. Este individualismo supone los cimientos de lo que luego será la crítica al modelo biomédico en salud mental, el reduccionismo propio de las neurociencias, la Psicología Positiva, la industria y el imperativo de la felicidad y, finalmente, el enfrentamiento con lo que Errasti y Pérez Álvarez (2022) denominan el «generismo» de la teoría *queer*. El problema de estos posicionamientos es que, si bien lo vuelven a uno popular, lo hacen a costa de levantar pasiones.

Conclusiones

Hasta aquí hemos visto cómo Marino Pérez, en tanto que intelectual público de la psicología, se ha ido posicionando en relación con algunos debates abiertos tanto dentro como fuera de su disciplina, pero que en cualquier caso le atañen. De este recorrido bibliográfico se pueden extraer las siguientes conclusiones:

1. Todos los temas trabajados por Marino Pérez están relacionados. Desde su inicial preocupación por la vida en la ciudad y su repercusión sobre la psicología de los individuos hasta *Nadie nace en un cuerpo equivocado*, la crítica del «individualismo» ha sido siempre el hilo conductor de su pensamiento. El individualismo y la forma de vida de las sociedades contemporáneas, caracterizada por el tipo del «individuo flotante», tienen mucho que ver con el origen de los trastornos mentales. La hiperreflexividad a la que conduce esta forma de individualismo, aumentada por

el uso de las redes sociales, y la consiguiente pérdida de sentido, terminan volviendo patológicos los problemas y asuntos de la vida, que todos tenemos. Los trastornos mentales, por lo tanto, tendrían que ver con conflictos normativos, siendo entidades interactivas antes que naturales. Por este motivo, Marino Pérez critica las tendencias reduccionistas de las neurociencias, tratando de resituar a la persona, desde una perspectiva contextual, como un todo orgánico en constante interacción con su medio. Esta «resituación» implica poner de nuevo en contacto a la persona con instancias dadoras de sentido. El problema del individualismo es que provoca el desarraigo de la persona, que la industria de la felicidad solo contribuye a aumentar. Lo que Errasti y Pérez Álvarez (2022) entienden por transactivismo, por su parte, también sería una ideología dualista, muchas veces reduccionista e individualista; y, aunque la teoría *queer*, a la que achacan tales males, no defiende exactamente eso, lo cierto es que sí reivindica la figura de un individuo flotante o fugado. En este sentido, la obra de Marino Pérez es perfectamente coherente.

2. Desde las coordenadas teóricas que manejamos, el éxito de Marino Pérez como intelectual público hay que cifrarlo en su capacidad y visión para posicionarse en toda esta serie de debates abiertos. Muchas veces, la popularidad de sus obras, como sucede con *Nadie nace en un cuerpo equivocado*, dependen más de tales posicionamientos que de su profundidad y precisión analítica. Es más, en buena medida, su obra se hace eco de ese lenguaje de «meta-aliados» y, sobre todo, de «meta-adversarios» al que se refieren Pérez Jara y Camprubí (2022). En este caso, como adelantábamos, el principal meta-adversario contra el que se dirige su psicología y su filosofía es el «individualismo», entendido en el sentido atomizante, expresivo y autosuficiente iniciado en el Romanticismo y continuado en nuestros días. Su posicionamiento con respecto a dicho individualismo le ha valido el apoyo de muchos, pero también el rechazo de otros tantos. Esa es la condena del intelectual público: tener que vérselas con la siempre volátil opinión de la gente.
3. ¿Cuál es entonces la alternativa? Pérez Álvarez (2023) la bosqueja en su último libro: *El individuo flotante*. Frente al neoliberalismo y al individualismo capitalistas, pero también frente al liberalismo identitario de la nueva izquierda y el individualismo flotante de la teoría *queer*, Marino aboga por el liberalismo clásico. En este sentido, Marino es, como no, muy orteguiano. Recuérdese aquella famosa cita de *La rebelión de las masas*: «Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral» (Ortega y Gasset, 2014, p. 49). Marino defiende una suerte de liberalismo en la línea de Dewey (2003) o del propio Ortega, que, reconociendo paradójicamente la necesaria contingencia del individualismo, busque ponerlo al día con la necesidad humana de comunidad y sentido colectivo. Lo que propone, pues, no es sino la re-transformación del *individuo* en *ciudadano*; esa figura, tan moderna y tan poco siglo XX, que puso de moda la Revolución Francesa.
4. Finalmente, a lo largo de todo el trabajo se ha venido poniendo de manifiesto cómo filosofía, psicología,

medicina, psiquiatría y sociedad están imbricadas. Detrás de las distintas concepciones de lo que es la salud y la enfermedad mental, de cómo se debe estudiar el comportamiento humano o de qué es lo que realmente importa en relación con él, se encuentra un complejo mundo de ideas éticas, políticas e incluso ontológicas. Precisamente, el propio Pérez Álvarez (2023) alude, entre las soluciones para este mundo de individuos flotantes, al papel que pueden jugar en ello las ciencias humanas y sociales, pero también la filosofía; de la que, como ya hemos apuntado, no hay escapatoria.

Los posicionamientos críticos de Marino Pérez, sin embargo, no deberían hacernos perder de vista la *pars construens* de su pensamiento. Su conductismo cultural o radicalmente humano; la recuperación, junto con otros profesores de la Facultad de Psicología de la Universidad de Oviedo, de las terapias psicológicas a través de las *Guías de tratamientos eficaces*; la introducción de las terapias de 3ª generación en España; la concepción de los trastornos psicológicos como problemas de la vida; el entendimiento de la psicoterapia como una ciencia humana antes que tecnológica y su intento de ir más allá de la guerra de las psicoterapias; así como el interés por la filosofía desde la psicología; son todas ellas aportaciones que, si bien arrastran también consigo un lado destructivo, han contribuido a forjar y construir, al calor de la polémica, el panorama de la psicología española contemporánea. En cierta forma, este trabajo no deja de ser un reconocimiento y un agradecimiento por el camino recorrido y por el que aún nos queda por recorrer.

Conflicto de Intereses

No existe conflicto de intereses.

Referencias

- Baert, P. (2012). Positioning theory and intellectual interventions. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 42(3), 304-325. <https://doi.org/10.1111/j.1468-5914.2012.00492.x>
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Cabanas, E., y Sánchez González, J. C. (2012). Las raíces de la Psicología Positiva. *Papeles del Psicólogo*, 33(3), 172-182. Recuperado de <https://www.papelesdelpsicologo.es/pdf/2136.pdf>
- Dewey, J. (2003). *Viejo y nuevo individualismo*. Paidós Ibérica.
- Errasti, J., y Pérez Álvarez, M. (2022). *Nadie nace en un cuerpo equivocado. Éxito y miseria de la identidad de género*. Deusto.
- Fuentes Ortega, J. B. (1989). ¿Funciona, de hecho, la psicología empírica como una fenomenología del comportamiento? Introducción a E. Brunswick. En E. Brunswick, *El marco conceptual de la psicología* (pp. 7-77). Debate.
- Ortega y Gasset, J. (2014). *La rebelión de las masas y otros ensayos*. Alianza.
- Ortega y Gasset, J. (2021). *Meditaciones del Quijote*. Cátedra.
- Pérez Álvarez, M. (1992). *Ciudad, individuo y psicología. Freud, detective privado*. Siglo XXI.
- Pérez Álvarez, M. (2003). *Las cuatro causas de los trastornos psicológicos*. Editorial Universitat.

- Pérez Álvarez, M. (2004). *Contingencia y drama: la psicología según el conductismo*. Minerva.
- Pérez Álvarez, M. (2012). *Las raíces de la psicopatología moderna. La melancolía y la esquizofrenia*. Pirámide.
- Pérez Álvarez, M. (2013). Positive psychology and Friends: evidence. *Papeles del Psicólogo*, 34(3), 208-226. Recuperado de <https://www.papelesdelpsicologo.es/English/2279.pdf>
- Pérez Álvarez, M. (2018). *Más Aristóteles y menos Concerta. Las cuatro causas del TDAH*. Ned.
- Pérez Álvarez, M. (2021). The structure of behavior as unity of Psychology according to Mariano Yela. *Psicothema*, 33(3), 372-377. <https://doi.org/10.7334/psicothema2021.29>
- Pérez Álvarez, M. (2022). *El mito del cerebro creador: Cuerpo, conducta y cultura*. Alianza.
- Pérez Álvarez, M. (2023). *El individuo flotante. La muchedumbre solitaria en los tiempos de las redes sociales*. Deusto.
- Pérez Álvarez, M., Cabanas, E., y Sánchez González, J. C. (2018). *La vida real en tiempos de la felicidad. Crítica de la psicología y de la ideología positiva*. Alianza.
- Pérez Álvarez, M., y González Pardo, H. (2007). *La invención de los trastornos mentales*. Alianza.
- Pérez Jara, J. (2015). *Ritual and Myth in the Russell War Crimes Tribunal on Vietnam*. [Working Paper]. Apollo - University of Cambridge Repository. <https://www.repository.cam.ac.uk/handle/1810/247675>
- Pérez Jara, J., y Camprubí, L. (2022). *Science and Apocalypse in Bertrand Russell. A Cultural Sociology*. Lexington Books.
- Yela, M. (1974). *La estructura de la conducta. Estímulo, situación y conciencia*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.